



La virtud de la **esperanza** y la **tragedia** del hombre

Fernando Jiménez Hernández-Pinzón S. J.

HOY es fiesta" es una obra teatral que el dramaturgo español Antonio Buero Vallejo llevó a escena en 1956. "Hoy es fiesta" —nos dice el autor— intenta ser una tragedia acerca de la esperanza. O, dicho de otro modo, una obra que intenta es-

bozar el carácter trágico de la esperanza" (1).

No pretendo abundar en la obra de Buero Vallejo. La cita ha sido sólo un pretexto incisivo y sugerente para abordar el tema.

¿Es en realidad trágico el carácter humano de la esperanza?

En primer lugar, intentaré presentar el diagnóstico psicológico de la esperanza, valiéndome de los datos de discriminación que ofrece la doctrina de Santo Tomás de Aquino. Sobre este fundamento trataré de delinear el verdadero perfil de la esperanza.

Hoy —y siempre— nos conmueve este tema. Porque la esperanza es una emoción plantada en las raíces más hondas de nuestra fertilidad humana. “Sustancia de mi vida” la llamó D. Miguel de Unamuno. Y otro poeta define:

“Ser hombre es ir andando hacia el olvido

haciéndose una patria en la esperanza...” (2).

La esperanza es también un cobijo en esta enmarañada existencia y una estrella en el horizonte nocturno de nuestra vida. Y “nada es tan necesario al hombre como un trozo de mar y un margen de esperanza más allá de la muerte”.

Por eso pregunto: ¿Son en algún modo compatibles los términos de ese binomio tragedia-esperanza? ¿Puede ser trágica la esperanza y la existencia del hombre que vive esperanzado?

1.— PARA UNA PSICOLOGIA DE LA ESPERANZA

La esperanza como acto del hombre

Se pregunta Laín Entralgo en su libro sobre la historia y teoría del esperar humano: “¿Sería posible un estudio de la esperanza en cuanto virtud teológica e infusa sin un previo estudio antropológico sobre la necesidad y el

acto de esperanza? Puesto que la gracia perfecciona a la naturaleza y no la niega o la destruye, la esperanza cristiana tiene que ser un misterioso, gratuito y sobrenatural acabamiento de la pasión y el hábito de vivir esperando, tan esencialmente sellados en lo más hondo de la naturaleza humana durante su existencia terrenal” (3).

Y cita en el mismo libro unos versos roncados de Unamuno que, prescindiendo de la intención del poeta, podrían interpretarse como la expresión en verso de la afirmación anterior. Un empujarse desde esta humana esperanza cotidiana hacia la gran Esperanza:

*“Yo te espero sustancia de mi vida;
no he de pasar cual sombra desvaída
en el rondón de la macabra danza
pues para algo nací; con mi flaqueza
cimiento echaré a tu fortaleza
y viviré esperándote, ¡Esperanza!”*

La realidad de la esperanza puede entenderse, pues, como un “pathos” humano o como una virtud sobrenatural (4). También podría entenderse como el acto vital de esperar, con determinadas cualidades.

Para emprender esta diagnosis del fenómeno psicológico del hombre esperanzado, vamos a fijarnos inicialmente en este tercer aspecto. En el del acto de esperar, en cuanto es un movimiento que procede de la potencia pasional del hombre o que está provocado por un hábito sobrenatural.

Sujeto y objeto del acto de esperar

El sujeto de la esperanza es el hombre. El “homo viator”, el hombre en camino hacia la plenitud de la bienaventuranza que todavía no posee (5).

(3) LAÍN ENTRALGO, PEDRO, «La espera y la esperanza», Revista de Occidente. Prólogo. Madrid, 1958.

(4) STO. TOMÁS, «Suma Teológica», 2-2 q. 17 a. 1; q. 18 a. 1.

(5) 1-2 q. 67 a. 4 y 5; 2-2 q. 18 a. 2 y 3; q. 19 a. 11 ad 3.

(1) BUERO VALLEJO, ANTONIO, «Hoy es fiesta». Ed. Alfíl. Colecc. Teatro.

(2) ALCANTARA, MANUEL, «Manera de silencio», Agora. Madrid, pág. 12.

El hombre, "ese animal esperanza-do", ha dicho alguien. Pero dentro del complejo mecanismo humano ¿qué facultad, qué potencia es la que espera?

Dice Santo Tomás que el hombre nunca espera en cuanto conoce, sino en cuanto apetece lo que ha conocido (6).

Luego el sujeto de este acto es siempre la apetencia humana que tiende a un bien real, objetiva o subjetivamente considerado (7).

Pero sabemos que en la apetencia humana existen dos facetas polares: la sensitiva y la intelectual.

Correspondientemente a ellas, el acto intelectual de esperar, y la esperanza-hábito-sobrenatural, tiene como sujeto el apetito intelectual, el apetito "superior que se llama voluntad". El acto pasional de la esperanza es, por el contrario, un movimiento del apetito sensitivo (8).

Y con lo dicho, ya hemos apuntado cuál es el objeto de la esperanza: es un bien. Pero un bien arduo, futuro y posible (9).

(6) 1-2 q. 40 a. 2.

(7) 2-2 q. 18 a. 1. No excluimos por tanto al «Bonum» Supremo, al Bien Increado. Precisamente al tender a éste requiere el acto el impulso de un hábito operativo sobrenatural que es lo que se llama virtud teologal esperanza, 2-2 q. 17 a. 5; 2-2 q. 17 a. 1 ad. 1; 2-2 q. 17 a. 1 ad 2; 1-2 q. 62 a. 1 y 3.

(8) 1 q. 80 a. 2; q. 82 a. 5; 2-2 q. 18 a. 1; 1 q. 87 a. 2; 1-2 q. 22 a. 2 ad 3.

(9) «La especie de la pasión se considera por su objeto. Acerca del objeto de la esperanza se atiende a cuatro condiciones: La primera que sea un bien. Porque hablando propiamente no puede haber esperanza si no es de un bien; y en éste se diferencia del temor que es acerca de un mal. La segunda, que sea futuro. Porque la esperanza no puede ser de lo presente ya que se tiene. En esto se diferencia del gozo. En tercer lugar se requiere que sea arduo y dificultoso de conseguir. Nadie espera una cosa mínima que está en su poder conseguirlo enseguida. Y en esto se diferencia del deseo o de la codicia. Lo cuarto es que ese objeto arduo sea posible. Nadie espera lo que en ningún modo puede conseguir. Y en esto se diferencia de la desesperación». 1-2 q. 40 a. 1 al 8; q. 41 a. 2; q. 42 a. 3 y ad 3; 2-2 q. 17 a. 1 y 7; q. 18 a. 1 ad 1 y 2 ad 3; q. 20 a. 21 a. 1; q. 144 a. 1

El poeta BLAS DE OTERO expresa impetuosamente este drama interno del hombre pasional esperanzado:

*Mas no todo ha de ser ruina y vacío.
No todo desescombros ni deshielo.
Encima de este hombro llevo el cielo,
y encima de este otro un ancho río
de entusiasmo. Y, en medio, el cuer-*

*[po mío,
árbol de luz gritando desde el suelo.
Y, entre raíz mortal, fronda de an-*

*[helo,
mi corazón en pie, rayo sombrío.
Sólo el ansia me vence. Pero avanzo
sin dudar, sobre abismos infinitos,
con la mano tendida: si no alcanzo
con la mano, ¡ya alcanzaré con gritos!
Y sigo siempre en pie, y así me lanzo
al mar desde una fronda de apetitos.*

Es, pues, el acto de esperar "un movimiento de la facultad apetitiva, consecuente a la aprehensión de un bien futuro, arduo y posible de alcanzar".

¿Es éste también el objeto del acto de esperar, cuando procede no de la pasión sensitiva sino de la voluntad humana reforzada por la virtud teologal?

En este caso, el objeto es el más arduo y elevado de los bienes futuros que hombre puede esperar. Por eso su posibilidad estriba en un auxilio externo—conexo de hecho con el objeto—cuya actuación favorable se convierte también en objeto de la esperanza: "El objeto de la esperanza es, por una parte, la beatitud eterna y, por otra parte, el auxilio divino" (10).

El hombre espera a Dios y espera en Dios. Más aún, espera a Dios porque espera en Dios. "Sperat Deum a Deo" es la expresión de Cayetano en su comentario a Santo Tomás. (11).

(10) 2-2 q. 17 a. 4 y 7; 1-2 q. 40 a. 2 ad 1 y a. 3; q. 42 a. 1 y a. 4 ad 3.

(11) CAYETANO, *Comentario*. II-II, 17,5, n.º 7.

(12) 1-2 q. 24 a. 1; q. 37 a. 27; q. 45 a. 2 y 3.

Situado el acto de esperar entre su sujeto y su objeto tenemos ya el diagnóstico de una clasificación en tres especies: Actos de esperanza animal, de esperanza racional y de esperanza sobrenatural.

Esperanza, desesperanza y presunción

Sabemos que, como fenómeno psicológico, el acto de esperar es esencialmente intencional. Es decir: si no existe un objeto sobre el cual incida el acto, no hay tampoco acto de esperar.

Este objeto, conocido por el sujeto como arduo y fuera de sus posibilidades actuales, es posible en el futuro y capaz de satisfacer alguna de sus limitaciones humanas. El acto consiste en tender audazmente hacia ese objeto, con la confianza y el temor concomitante por su radical condición de objeto "meramente posible" (12).

El equilibrio entre esos sentimientos contrapuestos—confianza y temor—por un bien que es meramente posible, que podemos alcanzar y podemos perder, es lo que señala el amor, la magnanimidad (13), la humildad y la entereza humana del que espera.

Podría vencer el platillo del temor y llevar a la angustia y desesperación o a la triste desesperanza humana (14). Podría pesar antinaturalmente por el lado de la confianza y desembocar en presunción. En el centro, en equilibrio,

(13) El papel de la Magnanimidad en el cuadro general de la esperanza lo describe JOSE PIEPER en su libro *«Sobre la Esperanza»*: «La magnanimidad, una virtud que ha sido muy olvidada, es la tensión del ánimo hacia las grandes cosas (...) Tiene magnanimidad el que exige lo grande y se dignifica con ello. Esta virtud tiene su raíz en la confianza intrépida que la naturaleza humana, admirablemente constituida y más admirablemente restaurada (Misal Romano), encierra dentro de sí». Ed. Patmos, Madrid 1953 pág. 36.

2-2 q.17 a. 5 ad 4.

(14) 1. q. 40 a. 4.

está la verdadera esperanza manteniendo tenso al hombre en vilo (15).

Estos dos últimos casos de inadecuación del acto con su objeto —desesperar y presumir— proceden, como vemos, de no haber sido bien consideradas las características del objeto. Hemos dicho que tiene que ser futuro, arduo y posible. De no haber aceptado su posibilidad resulta la desesperación o la simple desesperanza (16), y de no haberse pesado su arduidad con relación a las propias posibilidades, proviene la presunción.

Y es también en esta inadaptación del conocimiento del hombre a la realidad, donde reside ese "no andar en verdad" con que puede definirse la no-humildad. (El papel de la humildad como supuesto elemental de la esperanza, sería un tema susceptible de profunda explicación. Quede, al menos, apuntado).

Tengamos en cuenta solamente que estas son las aberraciones del "homo viator" en su camino de esperanza, las dos desviaciones trágicas del acto de esperar.

En el medio está la verdadera esperanza. La humana y la teológica. La segunda es la culminación del acto de esperar.

Pero tengamos en cuenta que aun la esperanza humana, la auténtica, la animal y la racionalizada en magnanimidad, puede llegar a ser un vehículo hacia esa culminación en lo Infinito, un ir satisfaciéndose humano que deja nostalgias y regusto de lo divino. Un poco de aquello de S. Juan de la Cruz:

*"Y todos cuantos vagan
de Ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan..."*

(15) 1-2 q. 64 a. 4 ad 3; 2-2 q. 17 a. 5 ad 2.

(16) 1-2 q. 23 a. 2 q. 40 a. 1 y ad 3.

Hasta llegar a El en el pleamar de la Gran Esperanza (17).

II. ¿CARACTER TRAGICO DE LA ESPERANZA?

La esperanza, afirmación de nuestra contingencia

Dice PIEPER en el libro citado que “en la virtud de la esperanza se entiende y afirma el hombre como ser creado, como criatura de Dios”.

No cabe duda de que la esperanza y todo acto de esperar es una afirmación de la contingencia y de la menesterosa limitación del hombre. “La esperanza lleva consigo alguna imperfección, puesto que supone que se carece de algunas cosas”, nos dice Santo Tomás (18).

Pero nuestra contingencia y nuestra finitud humana —insaciable ante lo finito y anhelante de infinitud— presentan dos aspectos: uno absoluto, en cuanto sólo mira a nuestra limitación esencial y existencial. Y otro relativo que se abre a nuestra total dependencia e indigencia del Ser Pleno, “Agua y sed de los humanos”.

Según ésto, el hombre, en su implacable esperar, podrá quedar marcado con dos caracteres opuestos: o cerrado en la absolutez de su limitación, de su angustiosa impotencia humana (como si dijera: “esperar es naufragar, hundirme en la tragedia voraz de ser humano: no existe quien pueda tenderme una mano salvadora y calmar la sed de mis anhelos”); o abierto, confiado, como tierra de secano sedienta ante la lluvia, porque está pendiente de un Ser Infinito que es raíz, fuente y promesa de plenitud y de amparo.

(17) «En toda esperanza natural se alude implícitamente a esta sobrenatural plenitud de ser a la que se dirige la virtud teológica de la esperanza. Todas nuestras esperanzas naturales aspiran a realizaciones que son como reflejos y sombras confusas de la vida eterna, como sus inconscientes preludios». Pieper o. c. p. 46.

(18) 1-2 q. 62 a. 3 ad 2; 3 q. 7 a. 8 ad 2 y 9 ad 1.

Para el que realiza su esperar en sólo el primer sentido, sí se puede decir que es trágica la esperanza. Trágica y sarcástica en cuanto representa una evasión hacia un futuro infranqueable para huir de la angustia y el desamparo que le ahoga en el presente.

Es sombría y asfixiante la descripción de nuestro siglo esbozada por C. MOELLER en su obra “*Literatura del siglo XX y cristianismo*”:

“...Millones de víctimas sufren: dos hombres de cada tres no tienen bastante para vivir. La justicia se convierte en siniestra caricatura (...). Hasta los niños sueñan con la guerra. La vida crece sin cesar y estamos ensordecidos por la propaganda. Ya se ha dicho; vivimos la hora veinticinco, la hora en que ni un Mesías podrá ya salvarnos (...).

Silencio de Dios: otra expresión para significar la absurdez del universo. ¿Será el hombre en realidad una pasión inútil?” (19).

Podrían multiplicarse las citas —truculentas, crueles— de novelistas, poetas y pensadores. (Aquellos versos de BLAS DE OTERO:

*Detrás del hombre viene dando gritos
el abismo, delante abre sus hélices
el vértigo, y ahogándose en sí mismo,
en medio de los dos, el miedo crece.
Humanamente hablando es un suplido
ser hombre...)*

Ante este espectáculo aciago, tiene un rictus sarcástico y terrible la resignada aspiración humana del doctor Rieux de la obra de ALBERTO CAMUS (ese Camus que sabe del hombre “lanzado a su presente” que “ha situado todos sus bienes en esta tierra y por eso ha quedado sin defensa ante la muerte”):

“La salvación del hombre es una palabra demasiado grande para mí. Yo

(19) MOELLER, CHARLES, «*Literatura de siglo XX y cristianismo*». Ed. Gredos. Madrid 1960, pág. 23.

no puedo esperar tanto. Es su salud lo que me interesa, su salud en primer lugar" (20).

Bajo este aspecto de impotencia y desamparo, el hombre, animal esperanzado, es realmente la pasión inútil que producía la náusea de SARTRE. Un ser que siente la vida frustrada en el balance constante entre la angustia, la resignación sin fronteras y la confianza, con la carne tensa en una espera inútil que lo confirma y lo hunde en su invalidez humana y no puede liberarle de ella.

Pero notemos que esta postura de esclavitud existencial choca con la espléndida afirmación de S. PABLO: "*Por la esperanza nos hemos hecho libres*". (Rom. 8, 24).

Dinámica de la certeza y la esperanza

¿Significa en realidad este indigente esperar humano ese naufragio fatal en nuestro-ser-nada? ¿Es imposible adquirir en esta vida una certeza que nos libere del vértigo de la esclavitud o de la triste resignación en que el mismo esperar nos sitúa?

Dejemos asentado que la certeza es el único presupuesto intelectual capaz de engendrar el verdadero acto de esperanza.

Si la apetencia loca del hombre le determina a realizar su acto de esperar estando el entendimiento dudoso o ignorante, se engendra entonces esa humana esperanza que tiene el sello de trágica evasión. Ese sarcástico huir de las realidades presentes para refugiarse en un futuro incierto.

La postura de certeza es, pues, el fundamento insustituible para la verdadera esperanza.

Pero aquí surge el problema: Sabemos que el objeto de la esperanza es por definición futuro. No puede ser intuido en su presencia integral ante el entendimiento; no puede por sí mismo engendrar certeza intelectual. Necesita, por tanto, estar avalado por otros elementos de orden físico o moral que lo certifiquen.

Estos elementos pueden ser: O que cuenta el hombre con medios para asegurar la posibilidad de ese objeto futuro.

O que estima por experiencia esa normal posibilidad.

O que un testigo acreditado se lo asegura.

Sin embargo esas condiciones podrían no verificarse si fallara la autoridad del testigo, o Dios no prestara su concurso, o hiciera cambiar el curso normal de las cosas. Todas las hipótesis son posibles.

Y, en todo caso, sería inútil el esperar del hombre y quedaría hundido en la triste desesperanza cotidiana, o naufragante en la angustia de su limitación existencial ante un bien que se le escapa de entre las manos, al cual tiende irresistiblemente porque lo ha conocido y lo ha deseado y amado como factor de su plenitud (21). "Quien espera, desespera". Lo dijo Quevedo.

Virtualidad de la fe

Pero existe un objeto del cual no puede el hombre tener experiencia ni puede contar con medios humanos para asegurárselo: excede el filo de las posibilidades y de las realidades humanas.

Este objeto es, por tanto, inevidente. No se puede tener de él certeza metafísica.

(20) CAMUS, ALBERT, «*La peste*». Ed. Sur. Buenos Aires 1957, pág. 140.

(21) 1-2 q. 40 a. 4 ad 3.

Pero, sin embargo, es posible obtener de él una certeza análoga equiparable en valor a la certeza metafísica.

Es esta la certeza de la Fe sobrenatural.

Es un firme asentimiento, sin ningún temor a equivocarse, porque se apoya en la promesa de un testigo de autoridad absoluta —Dios Omnipotente y Sabio— que excluye positivamente toda posibilidad de error: sería totalmente imposible y contradictorio que pudiese fallar.

Así es el objeto de la esperanza sobrenatural. Esta es la esperanza de quien espera a Dios en la eterna bienaventuranza y para ello se apoya en la autoridades de Dios que ha prometido su auxilio eficaz.

El resultado de esta seguridad inquebrantable es la alegría y la paz. Está maravillosamente expresado en la fórmula de S. PABLO: "*El Dios de la esperanza os colme de gozo y paz en vuestra creencia para que crezca siempre vuestra esperanza más y más por la virtud del Espíritu Santo*" (Rom.15,13).

Es curioso notar esta proporcionalidad inversa que se da entre la posibilidad y la dificultad del objeto de la esperanza. Es decir, cuando la dificultad del objeto entra dentro del área de las posibilidades humanas, menos seguridad y certeza existe de poderlo conquistar y, desde luego, de que pueda satisfacer las apetencias infinitas del ser humano.

Cuando por el contrario el objeto es de tal dificultad y altura que excede el límite de las posibilidades humanas, puede el hombre llegar a una certeza plena de conseguirlo y de encontrar en él la plenitud ansiada.

Recordemos las palabras del salmo 30: "*En Tí, Señor, esperé: no me veré defraudado*".

Esta frase es una expresión fenomenológica de la esperanza sobrenatural.

"*En Tí, Señor, he esperado*". El Profeta ha tendido un cable de esperanza a Dios que es su objeto. Náufrago en el desamparo de su vida, ha sentido cercana una mano salvadora. Espera a Dios, porque espera en El, se fia de su Omnipotencia.

Este profeta esperante, podría haber presentado caracteres muy distintos —de esperanza, de desesperanza, de evasión, de presunción— según el conocimiento previo que hubiera tenido de la posibilidad de conquistar su objeto, Dios, y de ser liberado y saciado por El.

Como aquí el objeto está iluminado por el foco más alto de conocimiento intelectual objetivo —la Fe sobrenatural— y su posibilidad no estriba en las fuerzas personales sino en la Omnipotencia de Dios, puede cantar el Profeta, humilde, seguro, con la infalible certeza de la esperanza: "*Nunca me veré defraudado*".

«Oh Dios, cuyas manos nos hicieron: la fuerza de nuestra debilidad es la esperanza»

«Fortalece en nosotros tu esperanza para que podamos permanecer incommovibles en la fe».

(Maitines de rito caldeo. Paráfrasis de Salterio)

No. No es una huída cobarde esta esperanza suprema del Profeta. No es tampoco un resignarse estúpido, atadas las manos, ante la tragedia fatal de su existencia menesterosa.

Ha supuesto heroísmo. Empezar una lucha, cuerpo a cuerpo, contra las calamidades que le acosan como leones. Pero lucha gozosa, muy alta la frente, porque ha germinado en ella la seguridad infalible de la victoria.

"Porque Tú eres mi roca y mi trin-
[*chera...*

Me librarás de la red que me tendie-
[*ron...*

En tus manos pongo mi espíritu;
me has redimido, Dios de verdad (22)

...Estoy sumido en la angustia,
la tristeza carcome mis ojos...

En el dolor se consume mi vida
y mis años en el gemido.

Desfalleció mi vigor en la aflicción
y se han consumido mis huesos.

...Olvidado estoy, como un muerto,
soy como un vaso roto.

He oído murmurar a muchos

—¡terror por todas partes!—;

ellos se han conjurado contra mí,
han tramado arrebatarme la vida...

Pero yo confío en Ti, Señor y digo:

Mi Dios eres Tú. Mi suerte está en
[*tus manos*

y me librarás de mis enemigos

y de las manos de mis perseguidores...

...Sed fuertes y robusteced vuestro

[*corazón*

todos los que esperáis en el Señor".

Conclusión

En este punto final de nuestro trabajo podemos aplicar las palabras de

(22) «Dios de verdad» es Dios que merece ese supremo y venerando nombre por su absoluta transcendencia, su omnipotencia sin límites y su fidelidad indesmentida a lo que una vez promete. A los otros que llaman «dioses», les da el despectivo nombre de «vanos soplos» (v. 7). Este que es «Dios de verdad» tiene en sus manos mis destinos» (v. 16).

Cristo: *"El Reino de los cielos padece violencia y son los fuertes quienes lo conquistan"* (Mt. 11,12).

Nosotros lo podríamos interpretar: *"El Reino de los cielos se conquista con la esperanza"*.

No olvidemos que esta esperanza sobrenatural es una virtud y que virtud etimológicamente significa fuerza.

Es una de las fuerzas que Dios ha puesto en manos de nuestra humana debilidad para su triunfo en la vida. Triunfaremos por la esperanza. Así lo pedía un poeta, desbordado de esperanza y de fe, en su *"Salmo por el hombre de hoy"*:

Salva al hombre, Señor, en esta hora
horrorosa, de trágico destino;

no sabe a dónde va, de dónde vino

tanto dolor, que en sauce roto llora.

Ponlo de pie, Señor, clava tu aurora

en su costado, y sepa que es divino

despojo, polvo errante del camino:

más que tu luz lo inmortaliza y dora.

Mira, Señor, que tanto llanto, arriba,

en pleamar, oleando a la deriva,

amenaza cubrirnos con la Nada.

¡Ponnos, Señor, encima de la muerte!

¡Agiganta, sostén nuestra mirada

para que aprenda, desde ahora, a

[*verte!*

(BLAS DE OTERO)

Sírvannos, para terminar, unas palabras de M. VAN DER MEERSCH, que cierran su conmovedora obra *"La máscara de carne"*.

Son un canto pletórico de infalible esperanza en el Dios de la Misericordia del Poder y del Amor, y un grito, un rugido —estremecido y desgarrante— del hombre que sabe esperar, desde el abismo de una desesperante tragedia humana:

"...Está anonadado, vacío, exhausto.
Le parece que ya no vale la pena
luchar por nada. Ya no se cree digno

de proseguir la lucha. No es más que un árbol muerto, agotado hasta las raíces por la tormenta, enmedio de una devastación. ¿Habrà todavía quien se interese por esa ruina calcinada, por ese ladrón, ese borracho, ese adúltero, ese incestuoso, ese desequilibrado, ese pederasta, ese depravado, ese monstruo, irremediabilmente condenado al vicio, salvo un milagro de la gracia? ¿Habrà alguien, aparte de Dios, que quiera acoger a ese náufrago? Siempre queda Dios. Nadie puede descender demasiado bajo para Dios.

Podrido hasta los tuétanos como carroña, objeto de náuseas para los demás y para sí mismo, sólo Dios po-

día atreverse con él... Siempre queda Dios. Dios no aborrece jamás al hombre, no siente jamás repugnancia por él.

Este asesino, este invertido, esa podredumbre, ese cieno, ese deshecho que vosotros los hombres ya no queréis, que no se quiere a sí mismo, dádmelo a Mí, dice el Eterno. ¡Dádmelo! y que él acepte sólo, humildemente, conocer su miseria, soportarla y luchar contra ella. Yo daré firmeza a sus pasos y pondré un cántico nuevo en sus labios. Y ese polvo cantará mis alabanzas, y esa vida de vergüenza y de ignominia a los ojos de todos, para Mí se consumirá como un incienso”.

«Anudemos a la esperanza la nave de nuestro espíritu
y por la fe y el amor arribemos al puerto de la alegría»

(Rito caldeo. Himno de maitines)